despues de esta recíproca declaracion de sus sentimientos; el seguir en esta nueva situacion el desenlace de dos caracteres tan opuestos, que el amor se esfuerza en aproximar, cuando todo lo demas, por el contrario, propende á alejar el uno del otro. En efecto, ¡ qué amante para miss Milner, este tutor sensato y virtuoso, cuyas acciones y sentimientos ha gobernado siempre hasta aquí la razon! ¡ Y qué querida para él, esta pupila cuyo espíritu parece reunir tantos caprichos, como gracias ofrece su fisonomía, que es mas peligrosa todavía por las amables calidades de su alma que por el poder de sus encantos, y cuya conducta es tan dificil aprobar, como dejar de amar su bondad, su franqueza y su esquísita sensibilidad!

(*Nota del Traductor francés.*)

Capitulo Sesto.

A la vuelta de pocos dias, todo habia tomado un nuevo semblante en casa de Milord Elmwood; él habia venido á ser el amante declarado de

miss Milner, y miss Milner la mas dichosa de todas las mugeres, de cuya dicha participaba tambien miss Woodley. En cuanto á M. Sandford, se lamentaba amargamente de ver que miss Fenton habia sido suplantada; y, lo que era mas cruel aun, suplantada por miss Milner. Aunque eclesiástico, soportó este acontecimiento con tan poca resignacion, como hubiera podido tener un seglar. Apenas podia sufrir el hablar á milord Elmwood; evitaba el mirar á miss Milner, y estaba descontento de todo el mundo.

Su primer designio, al saber la nueva resolucion de milord Elmwo-

od, habia sido el dejar su casa; y como en cuanto á su amor hácia su pupila, resistia el conde á todos sus consejos con una invencible obstinacion, se habia propuesto no solamente dejar de vivir con él, sino aun el no darle nuevos consejos. Sin embargo, en el momento de separarse de su amigo, de sus discípulos, de su patron, de aquel que, en muchas circunstancias, le obedecia ciegamente, hizo una reflexion caritativa que lo contuvo: y fué que abandonando á su amigo á sus propias pasiones, lo espondria acaso á encontrar por fin un castigo mayor que su falta. — Milord, le dijo, ya se halla vm. embarcado en

un mar borrascoso; y aunque vm. rehuse evitar los escollos que le indique su fiel piloto, quiero sin embargo embarcarme con vm. aunque haya de ser testigo de su naufragio. Cuanto mas desprecie vm. mis consejos, tanto mas le son necesarios; así, á menos que vm. no me mande dejar su casa (lo que hará bien pronto por complacer á su futura esposa), yo continuaré en permanecer con vm.

Lord Elmwood, que lo amaba sinceramente, se alegró mucho de verle tomar este partido. Sin embargo desde que su razon y su corazon le habian dicho que debia romper con miss Fenton y casarse con su pupila, habia sido

tan inflexible en esta resolucion, que Sandford no lo habia podido hacer bambolear un solo momento; y aun para no darle la mas mínima esperanza de hallarlo algun dia mas docil, no le habia instado á que permaneciese en su casa. Sandford vió con sentimiento su inflexibilidad; pero convencido de la inutilidad de sus amonestaciones, se sometió, aunque, á decir verdad, de mala gana.

Entre todas las personas que podian interesarse en este cambio en los designios de milord Elmwood, miss Fenton fué acaso en quien menos impresion hizo. Así como se hubiera casado sin repugnancia, se dejaria de

casar sin pena; y como Sandford habia sido el encargado para con ella de las primeras proposiciones de casamiento, de parte de milord Elmwood, el mismo fué tambien el que milord envió á miss Fenton para hacerle consentir en volverle su promesa. Recibió ella dos proposiciones tan opuestas con la misma indiferencia de corazon, y la misma sonrisa de una fria aprobacion.

Tenia tan bien conocido milord Elmwood este caracter de miss Fenton, que le hacia mirar el matrimonio como un triste invierno; mientras que la viva sensibilidad de su pupila se lo presentaba en aquel momento,

bajo la imagen de una perpetua primavera, ó, lo que vale mas aun, con la agradable variedad de las tres mas hermosas estaciones del año.

En esta indiferencia y apatía de miss Fenton era tambien en lo que fundaba su esperanza de hacerle aprobar su cambio; porque conservaba todavía bastante santidad de su primer estado, para renunciar á su propia dicha; y aun á la de su muy querida pupila, primero que despedazar el corazon de otra muger con una perfidia; pero antes de ofrecer su mano á miss Milner ya estaba seguro de que nada de eso tendria que echarse en cara. Ademas, miss Fenton aseguró

que pensaba menos en los goces de la tierra que en los del cielo, miró este acontecimiento como un motivo para retirarse á un claustro; así es que estuvo mas dispuesta á alegrarse que á afligirse de él. Su hermano que, con su retiro, debia heredar todos sus derechos, fué absolutamente del mismo parecer de su hermana.

Perdida, por decirlo así, en este oceano de dicha que la embriagaba, se preguntaba algunas veces á sí misma miss Milner: — ¿No son mas poderosos mis hechizos de lo que yo habia creido hasta aquí? Doriforth, el austero, el piadoso, el anacoreta Doriforth ha reconocido su imperio;

ellos han encendido en su corazon la pasion mas ardiente: no tengo mas que afectar un momento de desden, para ver á este tutor severo, abatirse delante de mí como el mas humilde esclavo del amor. Luego se decia ella misma: — ¿Por qué no lo he tenido mas tiempo en suspension? Yo bien sé que él no podria amarme mas; pero mi poder sobre él hubiera sido mayor todavía. El amor que me ha mostrado me hace la mas feliz de todas las mugeres; pero dudó que este amor estuviese á prueba de malos tratamientos. Si él no los resiste, yo no soy amada como quisiera serlo. Si lo resiste por el con-

trario, ¡qué triunfo! qué colmo de dicha!

No eran otra cosa estos pensamientos que puras quimeras de su imaginacion; jamas se formó ella un plan de conducta; pero á fuerza de ocuparse de él, lo puso en práctica de cuando en cuando; y el peligroso deseo de asegurarse si seria siempre amada, á pesar de sus caprichos (suerte de gloria á que una muger vana aspira con frecuencia), se habia hecho la ambicion de miss Milner. ¡Muger inconsiderada! No se acordaba que antes de comenzar semejante ensayo, tenia que hacer olvidar á milord Elmwood no pocos desaciertos, cuya me-

moria bastaba para poner á prueba todo su amor y toda su paciencia. ¿Pero qué muger resiste á la tentacion de hacer ensayos? ¿y cuán pocas hay á quienes este gusto no conduzca á su perdicion?

Perfectamente segura de ser amada del hombre que ella amaba, su salud y su alegría recobraron muy pronto su anterior brillantez; y como su tutor la dejaba obrar por sí misma con la generosa confianza de un amante apasionado, volvió á sus primeras diversiones, á su primer método de vida, con menos reserva que antes.

Al principio el conde Elmwood,

ciego de pasion, él mismo la alentaba á ello, aplaudiéndose de ver que habia recobrado toda la libertad de su espíritu, y mientras que ella no abusó de su paciencia, jamas se quejó; pero si la habia visto siempre dulce, y aun docil cuando exigia de ella que le obedeciese como á su tutor, despues que llegó á ser su amante, encontró en ella con frecuencia aires de altaneria, y casi siempre dispuesta á ser insolenta por poco que se le contradijese. Estaba él sorprendido de conducta tan nueva, pero la novedad le agradaba; adoraba á miss Milner, y todas las formas bajo las cuales le

ocurria á ella mostrarse, no servian, en el primer momento mas que para hacerla mas amable.

Entre los motivos de queja que ella le daba, no era el mas leve la falta de economía en el empleo de su renta. De todas partes le llevaban cuentas á milord Elmwood, al mismo tiempo que en el registro de gastos que llevaba ella misma apenas se hallaban otros artículos que adornos de cabeza que frecuentemente no usaba, joyas cuya moda habia pasado antes de pagarse, y obras de caridad dirijidas por un espíritu de capricho. Quejábase él ademas de que se recogia demasiado tarde, y de que con mucha

frecuencia, trataba personas que no eran de su aprobacion.

Compláciase ella en ver á su tutor dividido entre el amor que le profesaba y la obligacion en que se creia de reprenderla; entre el temor de desagradarla y el de abandonarla demasiado á sí misma. El modo ya ligero, ya altanero, con que ella recibia sus consejos, venia á ser para ella un motivo de triunfo. Estaba orgullosa de hacer ver á miss Woodley y sobre todo á M. Sandford, hasta qué punto podia contar sobre la pasion que habia inspirado á milord Elmwood.

Mientras que se hacian los preparativos para la boda que debia celebrar-

se, durante el verano, en el castillo de Elmwood, resolvió ella aprovechar el poco tiempo que debia permanecer en Londres para gozar de todos los placeres, de que probablemente iba á despedirse. Pero por ansiosa que estuviese de ellos, estaba muy lejos de compararlos con los que ella esperaba deber sucederles, con aquellos placeres tranquilos, pero muy superiores, de la vida conyugal, y puramente por abreviar los momentos demasiado largos que la separaban todavía de aquella feliz época, se apresuraba á variarlos y embellecerlos con toda clase de diversiones que su futuro esposo no podia aprobar.

Quizo la desgracia que en aquel mismo tiempo, no pudiese velar milord Elmwood con tanta atencion sobre ella; un pleito relativo á las posesiones que tenia en las Indias occidentales, y muchos otros asuntos concernientes á su título y posesiones de Elmwood, le precisaban á pasar con frecuencia una parte del dia fuera de su casa, y aun algunas veces toda la noche; ó bien cuando entraba, era para encerrarse muchas horas con agentes de negocios. Pero si él no podia celar la conducta de su pupila, lo podia hacer Sandford en lugar suyo; y aun cuando miss Milner hubiera sido lo que él amaba mas en el mundo,

no la hubiera seguido de mas cerca; y del mismo modo si hubiese ella sido la mas fragil de todas las mugeres, no hubiera ejercido él mas severidad en la cuenta que daba de ella á su tutor. Mas no ignoraba lord Elmwood que su amigo tenia el defecto de juzgar á miss Milner poco favorablemente. Compadecia á Sandford, y compadecia tambien á su pupila, y en medio de las exageraciones del primero, y de los desaciertos de la otra, el afecto que profesaba á ambos hizo que no se decidiese ni por él ni por ella.

Pero aquí hablaban los hechos por sí mismos; él vió los caprichos de su pupila, y los vió como eran en sí,

por mas que Sandford hubiese procurado de antemano el abultarlos á sus ojos.

Cuando hubo este notado cuan descontento estaba milord con miss Milner: — Pues bien, esclamó con aire de triunfo, ¿no le habia yo dicho á vm. que esta muger no le convenia? Pero vm. no quiere que se le guie, no quiere vm. abrir los ojos.

— No me eche vm. en cara el haberlos tenido cerrados, cuando vm. mismo estaba ciego. Si hubiera vm. estado desnudo de pasion, si hubiera vm. visto las virtudes de miss Milner, lo mismo que sus defectos, yo le hubiera creido á vm., y me hubiera a-

bandonado á sus consejos: pero no viendo mas que sus defectos se ha engañado vm. así como yo que no he visto mas que sus perfecciones.

— Sin embargo, milord, mis observaciones hubieran podido ser á vm. útiles; porque yo he visto lo que era necesario huir.

— Las mias han sido mas caritativas, porque he visto lo que debia adorar toda mi vida.

Suspiró Sandford, y levantó las manos al cielo.

— M. Sandford, continuó lord Elmwood, con aquel tono que acostumbraba tomar cuando habia formado su resolucion, y que no estaba al al-

cance de nadie el hacerle cambiar :

—Señor Sandford, al presente están mis ojos abiertos tanto para las imperfecciones como para las buenas calidades de miss Milner, y no permitiré ya que su parcialidad de vm. contra ella me haga parcial en su favor; porque yo creo que lo que mas ha contribuido á abrirle desde luego mi corazon ha sido la compasion que me inspiraban para con ella su modo de pensar de vm. y su manera de tratarla.

— ¡Oh! milord, esclamó Sandford, no me cargue vm. con el peso, con el formidable peso de su amor hácia ella.

— Suplico á vm. que no me interrumpa : cualesquiera que hayan sido sus intenciones de vm., hé aquí á lo menos el efecto que han producido. No, yo no quiero escuchar mas á un enemigo, cuyos discursos no sirven sino para aumentar el poder de sus encantos, ya por sí mismo demasiado fuerte para mí; yo solo quiero en lo sucesivo velar sobre su conducta; y si encuentro en su espíritu y en su corazon, demasiada ligereza para la dicha durable que yo esperaba encontrar con una muger tan tiernamente amada, le doy á vm. mi palabra de que este casamiento no se efectuará jamas.

— Cuento sobre su palabra de vm. No se efectuará pues jamas, replicó con viveza Sandford.

— No es vm. justo, señor, en hablar así antes de hacer la prueba, replicó lord Elmwood; y su injusticia de vm. me advierte que esté sobre mí para guardarme de seguir su ejemplo.

— Pero, milord...

— Está tomado mi partido, M. Sandford; no permaneceré adicto á miss Milner sino mientras que sea acreedora á ello: observaré su conducta, pero procuraré ser en mis observaciones, mas justo con respecto á esto, de lo que vm. lo ha sido.

— Milord, espere vm. para hallarme injusto, á poder verme con los ojos de un juez y no con los de un amante. Despójese vm. de su pasion, y sirvámonos de los mismos términos.

— Yo no tengo aquí necesidad de las luces de nadie, no consultaré sino á mí mismo, seré el único juez en lo que á mí me toca; y dentro de pocos meses, me casó con ella, ó *me destierro para siempre de su presencia.*

Fueron pronunciadas estas últimas palabras con un tono tan firme, que el corazon de Sandford descansó en ellas con placer, viendo que envolvian el presagio de lo que no podia dejar de suceder, y dejó á milord felicitán-

dolo por su cordura, y no cesando de repetir que contaba con su palabra.

Hallóse mas tranquilo por su parte milord Elmwood, despues de haber tomado esta resolucion. Hacia algunos dias que su imaginacion le presentaba sin cesar todo el horror de las riñas domésticas, una casa sin subordinacion, una familia sin economía, en una palabra, una muger ligera é imprudente.

Si M. Sandford, adornado de mucho juicio y saber, y siendo un profundo casuista, cometia él mismo no pocas faltas, era sencillamente por falta de luces. Veia siempre los defectos de los demas, y si hubiera visto lo mis-

mo los suyos, tenia demasiada rectitud para no corregirse de ellos; pero no los conocia. Habia sido por tanto tiempo el superior de aquellos con quienes vivia, y se habia ocupado tanto de instruirlos, que no habia tenido tiempo de notar que él mismo tenia necesidad de instrucciones. Imponia de tal manera su severidad á sus amigos, que ninguno le habia advertido sus imperfecciones, aunque tenia muchas, escepto, en aquel momento, milord Elmwood; pero milord amaba, ¿y qué confianza merece un hombre ciego por el amor? No tenia pues Sandford medio alguno de conocerse bien. Sus enemigos, á la ver-

dad, le hacian entender que no era perfecto; pero jamas se habia tomado el trabajo de escuchar á sus enemigos; con todo su buen juicio, no tenia el de reglar su conducta por aquel bien conocido axioma: *En lo que se os dice creed mas bien al enemigo que al amigo*. Muchas gentes en el mundo, ganarian en seguir esta máxima, y Sandford, sobre todo, hubiera adelantado mucho con ella. ¡Qué felicidad hubiera sido para él! que un enemigo á quien hubiese estimado, le hubiese dicho al oido, en el momento en que dejó á lord Elmwood: —Hombre cruel, bárbaro, tú partes con un corazon satisfecho y triunfante porque

crees que las esperanzas de miss Milner, esas esperanzas que constituyen su vida y su dicha, que son las únicas que la libran de caer en el mas profundo pesar, tú crees que esas esperanzas saldrán fallidas; te lisongeas de que si estás contento, es porque amas á milord Elmwood, y lo libertas del peligro. Sin duda lo amas, pero escudriña tu corazon y hallarás en él otra causa de tu júbilo. Es la de que salvando á tu amigo, pierdes á su pupila. ¡O vergüenza! ¡ó vergüenza! ¡olvida mas bien sus faltas como tú tienes necesidad, de que en este momento perdone ella las tuyas!

Si se le hubiese hablado en estos

términos á Sandford, era un hombre tan recto, y tan escrupuloso, que en el momento mismo hubiera vuelto junto á milord y lo hubiera fortificado en la opinion favorable que tenia de su futura esposa; pero no teniendo allí ningun enemigo que le advirtiese, y no haciéndole reconvencion alguna su corazon, continuó su camino muy satisfecho de sí mismo; y tropezándose con miss Woodley; le dijo con aire de triunfo:

—¿En donde está su amiga de vm.? ¿En donde está lady Elmwood?

Miss Woodley respondió sonriéndose:

—Ha ido á una almoneda con algu-

nas señoras amigas suyas; pero ¿por qué le da vm. ya ese título, señor Sandford?

—Porque yo creo que no lo tendrá jamas.

—Perdone vm., señor Sandford, vm. me espanta.

—Bien lo creo, replicó, pero no habló así con el objeto de tranquilizar á vm.

—Por el amor de Dios, ¿qué es lo que ha sucedido?

—Nada de nuevo, pero que se atenga ella á su conducta...

—Yo sé que es ligera, que con frecuencia tiene necesidad de que se le disimule; pero sé tambien que es a-

mada de milord, y el amor cubre muchas faltas.

— Seguramente que la ama, pero tiene juicio y firmeza. Tambien amaba á su hermana y la amaba tiernamente; y sin embargo desde que dijo que no queria volverla á ver, fué sordo á todas las instancias, y no la vió aun en sus últimos momentos; y al presente aunque tiene cuidado de su sobrino, y por mas querido que le sea, recuerde vm. que cuando vm. se lo presentó no quizo conservarlo junto á si.

— ¡Pobre miss Milner! dijo miss Woodley, con el aire mas conmovido.

—Sin embargo, continuó Sandford, no ha dicho todavía positivamente que no la verá mas; solamente lo ha amenazado: pero yo conozco bastante á milord Elmwood, para responder de que con él la ejecucion sigue inmediatamente á la amenaza.

— Vm. es muy bueno, le dijo miss Woodley en prevenírmelo á tiempo. Yo puedo advertir á miss Milner, y este aviso la decidirá á obrar con mas circunspeccion.

— Nada de eso, esclamó con viveza Sandford, ¿á qué fin advertirla? á ella no le resultará ningun provecho; fuera de que, añadió, yo no sé si milord

cuenta con el secreto por mi parte, y en tal caso...

—Pero respetando su dictamen de vm., dijo miss Woodley (en efecto, jamas le hablaba sino en el tono mas respetuoso); ¿no cree vm., M. Sandford, que en la ocasion presente seria perjudicial el guardar secreto? Considere vm. cuantas penas causaria á mi amiga la desgracia de que se ve amenazada, y si, por un aviso dado oportunamente, pudiésemos ahorrarle tan agudos pesares...

—Puede vm. pensar, señora, interrumpió, que no seria bueno dejar de entregarla; pero yo miro como

una falta de discrecion, si se me hubiese confiado un secreto...

Antes que hubiese podido esplicarse, entró miss Milner, y su presencia puso fin á su conversacion. Habia pasado toda la mañana en una almoneda y habia gastado doscientas libras esterlinas en comprar géneros que no podian serle útiles para nada; pero los habia comprado únicamente porque le habian dicho que no eran caros. Habia entre otros una coleccion de libros de química y algunos latinos.

—¡Cómo! esclamó Sandford (al ver señaladas con lapiz sobre el catálogo, las diferentes obras que habia com-

prado), sabe vm. bien qué clase de compras acaba vm. de hacer? Jamas podrá vm. leer una sola palabra en estos libros.

—¿Lo cree vm., M. Sandford? á lo menos estoy segura que serán de su gusto de vm. cuando vea con que elegancia están encuadernados.

—Querida mia, dijo madama Horton, ¿á qué fin ha comprado vm. tanta porcelana? Vm. y milord tenian ya demasiada, y no se sabe donde ponerla.

—Eso es cierto, madama Horton, se me habia olvidado; pero vm. sabe que puedo permitirme estos antojillos.

Cuando ella daba esta respuesta acababa de entrar milord Elmwood, que meneó la cabeza y suspiró.

—Milord, dijo ella, he pasado una mañana muy agradable. No me ha faltado mas que vm. porque si vm. hubiera estado conmigo, hubiera comprado otros muchos objetos; pero no he querido parecer desrazonable en su ausencia de vm.

Tenia Sandford los ojos fijos en milord Elmwood, para observar su continente. Milord se sonrió; pero pareció pensativo.

—A propósito, milord, dijo miss Milner, me he acordado de vm., tengo un regalo que hacerle.

—No deseo nada, miss Milner.

—¿Ni aun que venga de mí, enhorabuena¿

—Hágame vm. el regalo de sí misma; eso es cuanto yo pido.

Agitóse Sandford sobre su silla, como si hubiera estado con incomodidad.

—Pues bien, miss Woodley, le dijo su amiga, este regalo será para vm. Pero no: esto no le servirá á vm. para nada. No puede convenir sino á un hombre. Quiero guardarlo para dárselo á lord Federico, la primera vez que lo vuelva á encontrar. Esta mañana lo he visto; tenia un aire divino; yo tenia muchos deseos de hablarle.

Dirijió miss Woodley furtivamente

una mirada de inquietud hácia milord, y tembló al ver la cólera pintada en su semblante.

Sandford se estremeció y lo miró aun con mas atencion. En seguida se enderezó en su silla, y tomó tabaco, como para distraerse de la desazon que esperimentaba.

Todos guardaron silencio.

Enfin al cabo de algunos momentos: —Todo el mundo me parece aquí triste, dijo miss Milner, siento el haber vuelto tan pronto.

Miss Woodley estaba embarazada viendo cuan descontento estaba milord. Temia nò pronunciase algunas palabras de que no pudiese desde-

cirse, ó que miss Milner no pudiese perdonar. Para prevenir esta desgracia, le dijo en tono bajo á miss Milner que tenia que comunicarle cierta cosa particular, y la llevó fuera de la sala.

Cuando Sandford la perdió de vista, se levantó con mas velocidad que de ordinario, se estregó las manos, se paseó precipitadamente por el cuarto, y, con aire de estar pagado de sí mismo, preguntó alegremente á milord Elmwood si pensaba comer en casa.

Pero lo que causaba tanto júbilo á Sandford, afligia profundamente á milord Elmwood; no decia una palabra y parecia abatido. En fin respondió

con una voz alterada: — No, creo que *no* comeré aquí.

— ¿En dónde piensa vm. comer, milord? preguntó madama Horton, yo esperaba que lo hubiese vm. hecho con nosotros; miss Milner come aquí, segun creo.

— No estoy todavía decidido en donde comeré, replicó aparentando no hacer atencion en las últimas palabras de madama Horton.

— Si es en nuestra posada ordinaria, yo acompañaré á vm., le dijo oficiosamente su amigo.

—De muy buena gana, Sandford. Y salieron ambos antes que miss Milner hubiese vuelto á entrar en la sala.